

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

## HACIA 1976 (III)

## EL PROXIMO ACTO

El próximo acto del drama histórico se iniciará, si no me equivoco, en 1976, y se extenderá hasta 1991; se trata, pues, del futuro inmediato, del futuro previsible, al cual deben extenderse nuestros proyectos de vida colectiva. Y lo primero que hace falta es tener idea de cuáles van a ser sus «personajes», es decir, las generaciones en presencia y actuantes.

No hace mucho tiempo que introduce un complemento a la teoría de las generaciones, que me parece particularmente importante en nuestro tiempo, sobre todo si se trata de entender el porvenir. Como en el siglo XX la longevidad ha aumentado de manera sustancial, la fecha de 60 años (que significaba tradicionalmente el «pase a la reserva» del hombre individual y, sobre todo, de la generación, diezmada por la muerte y la invalidez, reducida a una fracción, en rigor a un resto superviviente) cambia de sentido. La generación que estaba «en el poder» (entre los 45 y los 60 años) no lo pierde, sino que lo «comparte», de manera sutil y aun no bien estudiada, con la que en principio debería sustituirla. Hay, pues, una singular «diarquía» en que dos generaciones comparten el poder social. Recordando la asociación al Imperio que estableció Diocleciano en el año 293 de nuestra era, según la cual al Augusto o emperador principal se asociaba un César que en su día lo sustituiría y nombraba un nuevo César asociado, propuse llamar generación «augusta» a la más vieja de las que comparten el poder (a la que en otras épocas habría pasado a la reserva) y generación «cesárea» a la más joven (a la que hubiera sido la única titular de ese poder social). De este modo, las generaciones «presentes» en un momento histórico son cinco: la «superviviente» (la que está ya en la reserva, incompleta y con una influencia residual y de prestigio, pero no plenamente activa como tal generación), la «augusta», la «cesárea», la «ascendente» (que avanza hacia el escenario histórico, lucha con la anterior y trata de imponerse), y finalmente la «juvenil» (ya presente y visible, quizá muy activa, pero que todavía no tiene figura definida ni efectivo influjo en la historia).

Si esto es así, las generaciones existentes a partir de 1976, los verdaderos personajes del próximo acto, que encontraremos al levantarse el telón, presentarán el siguiente cuadro:

Generación «superviviente» . . . . . 1901 (nacidos entre 1894 y 1908)  
 Generación «augusta» . . . . . 1916 (nacidos entre 1909 y 1923)  
 Generación «cesárea» . . . . . 1931 (nacidos entre 1924 y 1938)  
 Generación «ascendente» . . . . . 1946 (nacidos entre 1939 y 1953)  
 Generación «juvenil» . . . . . 1961 (nacidos entre 1954 y 1968)

El año 1976 se va a celebrar la conmemoración de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos; este país va a cumplir sus primeros dos siglos. Esto va a llevar consigo una revisión de la imagen nacional. Los Estados Unidos van a reflexionar sobre su pasado, van a tomar en peso en bloque su historia independiente; van a enfrentarse con el futuro también «en masa» (y no en el detalle de cada año o cada cuestión concreta, como suele hacerse). Lo probable es que se proyecten a sí mismos con otra radicalidad, a distancia mayor, porque lo van a hacer, quieran o no, «desde 1776». Añádase a esto que ese país ha experimentado una grave experiencia, en muchos órdenes traumática, desde la guerra de Vietnam y el asunto Watergate. Todo esto acentúa el sentido de crisis, de cambio, la conciencia de que hay que «volver a empezar». Las próximas elecciones presidenciales van a tener un alcance insólito; van a poner en juego resortes más profundos; se va a elegir, no sólo en vista de la situación «actual», sino de una situación «histórica»; yo diría que no solamente para un mandato de cuatro años, sino para una etapa histórica que con él empezará.

Se dirá que esto es un asunto privado de los Estados Unidos y que no afecta a la figura del mundo. Pero la masa gravitatoria de ese país es tal, que el equilibrio del mundo entero está afectado inmediatamente por ella. Por esto me parece gravísimo el que las ideas dominantes sobre los Estados Unidos en el resto del mundo sean en tan gran proporción falsas: esto introduce un elemento de error en la vida entera del planeta, el cual vive —ya sólo por eso, aunque no sólo por eso— en «estado de error». Yo invitaría a los que me leen a volver los ojos atrás y recordar lo que han creído —o les han hecho creer— sobre ese tema en los últimos veinte o veinticinco años, y ver

en qué proporción se sostiene o ha sido desmentido por la realidad. Después de hacer esta operación, quizá podría mirarse hacia el futuro con alguna mayor cautela y perspicacia. ¿Cuántos comentaristas —periodistas, corresponsales, analistas— se atreven a recordar, por ejemplo, a reimprimir, lo que han dicho hace un par de decenios? ¿Qué quedará de lo que estamos leyendo ahora?

Esto último no es solamente válido para los que pudiéramos llamar espectadores de los Estados Unidos; tiene aproximadamente el mismo alcance para los propios americanos, que han estado recibiendo durante toda la generación que ahora va a terminar una imagen de sí mismos, acuñada fuera de sus fronteras, pero perfeccionada e intensificada dentro de ellas, y que ha actuado de manera eficazísima en su vida entera, especialmente desde la muerte de Kennedy en 1963. Ahora van a descubrir —están descubriendo ya— que no funciona, que no coincide con la realidad, que no sirve para seguir viviendo. Esto va a potenciar fabulosamente la necesidad de cambio, la urgencia de innovación.

Los artículos que escribí hace unos meses con el título general «Los Estados Unidos en 1974» acaban de publicarse en inglés; estoy siguiendo con comprensible interés, como quien asiste a un experimento, las reacciones que han empezado a provocar. Si se prolongan sus líneas se desemboca inevitablemente en una nueva fase que claramente se anuncia y que sería discreto tener en cuenta.

No faltan razones «estructurales» para prever una variación sustancial desde 1976. Hay además ciertos «azares» de tamaño tan colosal, que se convierten en elementos de una estructura. Pero hay que ver, y sobre todo, los motivos concretos que impulsan a ese cambio. Sólo así podremos intentar trazar, aunque sea vaga y nebulosamente, el perfil de esa figura que se adelanta hacia nosotros.

Julián MARIAS

## LO DECISIVO

## CAMBIO DE AIRES

PARECE ser que, en la mayoría de las universidades norteamericanas, se está produciendo un curioso cambio en las preferencias digamos académicas del alumnado. Según cifras bastante fidedignas, los chicos, a la hora de matricularse, tienden a hacerlo en facultades o cursos que les permitan luego una rápida «inserción» social. Esto es: escogen carreras con las que ganarse un sueldo o unos honorarios discretos lo más pronto posible. Desde luego, siempre había ocurrido así. Por mucho que se dore retóricamente la píldora, la universidad ha sido y sigue siendo un establecimiento de «formación profesional»: la gente acude a las aulas, no para «aprender» a secas, y quizá saberes sublimes o delicadísimos, sino exactamente para aprender determinados «oficios». Esperan salir de ellas con una cierta preparación para curar enfermos, construir puentes o máquinas, para defender o dirimir pleitos, para enseñar a su vez, o para tantas otras cosas «útiles» —entiéndase: «renumerables». — En los últimos años esta concepción pragmática de la universidad hizo crisis. Más aún: hizo crisis la idea misma de «universidad». Hay sitios —acá, sin ir más lejos— donde la pelota sigue en el tejado, y está por ver cómo acabará la cosa. El lío es gordo. Pero lo que ahora conviene subrayar, por lo que pueda tener de significativo, es el hecho observado en los Estados Unidos.

Y no se trata de que, de pronto, se haya es-

fumado la jovial y tumultuosa perplejidad de los «campus» de aquel país. Todavía abundan las cátedras discutibles y las disciplinas —si «disciplinas» son— divagatorias. Sólo que ya se advierte el giro. Las llamadas, y uno no sabe exactamente por qué, «ciencias sociales», por ejemplo, experimentan una apreciable retracción disciplinar, mientras que sube el número de aspirantes a médicos o a ingenieros, por otro ejemplo. La primera conclusión visible es que la muchachada escolar vuelve a pensar el asunto en términos de «seguridad»: de seguridad económica, por supuesto. Al fin y al cabo, un día se deja de ser «universitario», y hay que «trabajar» como los demás. Sin duda, Marcuse tenía razón, y quien dice Marcuse dice cualquier otro «maestro» de su cuerda. La maniobra de la sociedad —del «statu quo», del «establishment», de todo eso— dio resultado, y la multitud discente se ve «reabsorbida» o «integrada». El problema, de todos modos, no es tan sencillo. Porque tampoco los Marcuses han pasado impune, ni, a esta parte del Atlántico, el mayo del 68 dejó de influir lo suyo, que es mucho. Pero los estudiantes se han replanteado su situación. A partir de una evidencia tan abrupta como es «el pan nuestro de cada día», y en un mundo «no-revolucionario». De haberse consumado la revolución —una revolución en serio— la perspectiva no sería, prácticamente, muy distinta.

El fenómeno, aunque a otra escala, se repite

en Francia, en la Gran Bretaña, en la Alemania Federal. El caso de Francia es el más aparatoso, por aquello del «mayo del 68». Y el más sintomático. Sirve para «medir» de algún modo el alcance de la evolución. Sin que se hayan calmado los ánimos, ni mucho menos, se observa una franca inclinación a «acceptar» las ofertas del tinglado constituido. Los chavales se aplican a sus textos; promueven menos algaradas, procuran buscar «ententes» sexuales medianamente sólidas. No nos hallamos frente a una «vuelta atrás», ni siquiera frente a un «frenazo», en definitiva. Dentro de la complejidad de motivaciones que se imbrican, se diría que no existe ni renuncia ni indiferencia, de cara a los proyectos del 68. Simplemente, dichos proyectos son asumidos desde otro ángulo. Quizá lo más importante sea el descubrimiento —descubrimiento— de que la universidad no sólo no es «toda» la sociedad, y que, por consiguiente, las ilusiones «revulsivas» que en la universidad fermentan sólo pueden ser eficaces más allá de la frontera del «campus», lo cual no siempre queda claro. La «base» sobornada del 68, hoy, ¿en qué se ha convertido? En buena parte, viene incorporada a los «cuadros» del «sistema». ¿Sin ningún «efecto»?

Yo no exageraría la nota. Donde hubo, algo queda, dice el dicho. Pero nada acontece en balde, además. Hoy día, sólo en los reductos arcaicos, como el celtibérico, los libros de Freud

o de Reich dan la impresión de ser «revolucionarios». En latitudes más experimentadas, dichos papeles se dan por sabidos: fueron asimilados —pese a que el grado «científico» de Freud y de Reich deja mucho que desear, y la verdad es que ni Freud ni Reich ni Marcuse nunca han sido «hombres de ciencia» como Dios manda—, fueron asimilados, repito, y ya no hace falta tenerlos más en cuenta que al «Diccionario Filosófico» de Voltaire o a «Las ruinas de Palmira» del conde Volney. Eso sí que es decisivo. Como es decisivo el «cinismo» con que los universitarios yanquis procuran el empleo y el sueldo inmediatos. Interpretar la aparente «docilidad» de la juventud, y de la ex juventud, como una aquiescencia, sería un error. En el armatoste de la sociedad «neotécnica», el enclave escéptico tendrá, a la larga, sabrosas repercusiones. Al suavizarse los modos, o al dar por obvio que «La revolución sexual» es un papel tan clásico, o tan clásicamente innecesario de leer, como el «Discurso del método» o la «Imitación de Cristo», se ha conseguido mucho. Y si los médicos y los ingenieros —y hasta los sociólogos, que también son criaturas de Nuestro Señor— se «integran» con lo que antes se llamaba «conocimiento de causa», no se habrá perdido el tiempo. Y el «tiempo» tiene la última palabra.

Joan FUSTER

la noche es suya con

NOCTURNO

6.375 PTS.  
Armario-Cómoda

PROMOCION DE ESTA SEMANA

mesas

GRAN VIA, 553  
Esquina Casanova

CERRADO LUNES POR LA MAÑANA

GRATIS

¿NO VE VD. BIEN?  
COMPRE SUS GAFAS EN

OPTICA

CLARAMUNT

PINO 6

Gafa perfecta y económica

PLANTILLAS «NOVOPEDIC» Y  
CALZADO FUNCIONAL  
PARA SEÑORAS Y NIÑOS

¿le duelen los pies?

CONSULTORIO

Supinator

ker. RAMBLA DE CATALUÑA, 48

Especialidad en Naves Industriales  
ESTRUCTURAS METALICAS

SERTEC

Apartado 84 - Tel. 60 09 37 - VALLS

SUSCRIBASE A

LA VANGUARDIA

SI PRECISA UN EMPLEO  
O CAMBIAR EL QUE TIENE,  
CONSULTE NUESTRAS  
DEMANDAS DE PERSONAL